

MIGUEL BOSÉ

EL HIJO DEL CAPITÁN TRUENO



1

EL PARAÍSO PERDIDO

Mi madre colgó el teléfono de un golpe seco, apagó el cigarrillo y dio orden de estar listos para salir de inmediato. La Tata se puso seria y le preguntó:

—Pero qué va a hacer usted, señora, qué va a hacer usted, por Dios...

—Nos vamos a la finca. Esto se va a acabar ya.

—Y los niños, piense usted en los niños, señora...

—Los niños los vistes y los subes al coche... Tú también y rápido...

—La va a armar...

—Sí, Tata, la voy a armar... —contestó mientras revisaba frenéticamente que todo lo necesario para el viaje estuviese en su bolso y prosiguió—. ¿No es hoy Noche Vieja? Pues vamos a ir a celebrarla como Dios manda... en familia... nosotras, los niños y su padre... esto se acaba hoy mismo... con el año.

Agarró escaleras arriba y a la mitad emergió encaramándose a la barandilla como una gárgola. Gritó:

—¡Que sea ya, Reme, ya!, ¿me entiendes?... Y lleva *champagne* que lo vamos a celebrar.

Cuando mi madre llamaba a la Tata por su nombre, de algo serio se trataba y nunca auguraba nada bueno.

—¿Le echo también las escopetas y se las cargo, señora?... Ya que estamos...

Sacudiendo la cabeza, resignada, invocando a su armada de santos protectores, la Tata se persignó varias veces, enfiló la subida al área de niños y dando órdenes, con voz de sargento:

—¡Miguel... Lucía... Paola... a vestirse... que nos vamos al campo!...

Hacía calor. A pesar de ser diciembre, hacía mucho calor dentro de la cabina del Dodge Barreiros, horneaba. El cielo azul raso cegaba de sol, pero si se te ocurría bajar la ventanilla, aunque fuese solo un poquito, te entraba un aire frío y seco del demonio que como una navaja te rajaba las mejillas, así que preferimos dejar que los rayos nos picaran a través del cristal. Como eran cerca de las tres de la tarde, el sol, que ya vencía a oeste, pegaba con todas sus fuerzas a la derecha del coche y el peor lado del viaje se lo llevaba el de detrás del asiento del copiloto, el que yo, amablemente aposté, le había cedido a mi hermana Lucía para que se asara viva y estuviese todo lo molesta que se merecía estar, por gruñona y quejica. Hacía guiños y muecas y se frotaba los ojos, lo que me divertía a morir. Le tenía verdadera tirria. Paola, demasiado pequeña para enterarse de nada, sentada en medio de nosotros dos en el asiento trasero, iba a su bola, ajena a todo. Hacía girar a una pequeña muñeca, agarrándola por los brazos, jugando a torturarla. Ambas chorreaban la gota gorda, abrochadas y atrapadas del cuello por sus abrigos de lana de entretiempo, gruesos como mantas zamoranas por muy ingleses y de Zebra de Serrano que se hicieran pasar. Teníamos prohibido quitárnoslos.

Mi madre conducía y fumaba. Podía espiar por el retrovisor su determinación y el destello de su ira tras sus gafas oscuras. La Tata de vez en cuando se giraba para cerciorarse por un si acaso alguno de nosotros hubiese fenecido de calor o de hambre, ya que nos fuimos de Somosaguas escopetados y sin haber comido bocado. Pero ahí nadie se quejaba. Se oía pensar muy fuerte, eso sí, pero quejarse, nadie se quejaba. Ni hablaba. También estaba prohibido.

La noche anterior no conseguí dormir. Desde mi cama, no dejaba de oír a mi madre hablar en voz alta y discutir con la Tata. Pasaron horas y horas y al final, ya harto, decidí ir a investigar a ver qué se tramaba, a echar un vistazo. La Tata no había cerrado la

puerta de mi cuarto, ni tampoco la del altillo que separaba la zona de niños de la de matrimonio. Cuando quería hacerme partícipe de cosas de la casa o testigo de sucesos, me las acostaba, ligeramente entreabiertas. Quizá para saberse cubierta en la retaguardia y acompañada en las broncas e intrigas de la familia. Y es que acabando el verano habían empezado a ser muchas, demasiadas, sin tregua, a diario. El poder hablarlas con alguien de confianza, a toro pasado, la dejaba muy tranquila. Conmigo, el hombrecito de la casa, podía quejarse, confesarse. Se descargaba a sus anchas y sosegaba después. Me otorgó esa responsabilidad desde lo muy precoz. Yo solo escuchaba y procesaba. Con las niñas ese trato no lo tenía.

Salí *con mucho* despacio de mi cama, evitando hacer crujir las sábanas. Mi hermana Lucía roncaba plácida, atascada entre las lianas de sus vegetaciones. Me escurrí por la estrecha hendidura de la puerta hacia la penumbra del pasillo. De ahí subí de puntillas con pie de gato los tres escalones hasta el rellano que nos separaba de la zona de mis padres y crucé la frontera. Justo enfrente, del otro lado de la escalera principal, la puerta abierta de par en par del cuarto de mis padres. Todas las luces estaban encendidas, y las paredes tapizadas de seda adamascada amarillo oro resplandecían y reflectaban una luz que siempre me pareció mágica, como fuera de este mundo, como la de un templo o de una iglesia. Me fui a por la barandilla y me acurruqué en la oscuridad. Sin ser sentido, me agarré a los barrotes, en cucullas. Desde ahí tenía buena visión y escucha.

Mi madre pasaba por delante del marco de la puerta sin cesar. Del cuarto de vestir al dormitorio, del dormitorio al cuarto de vestir, ida y vuelta, ida y vuelta, y en cada pasada movía el aire y de su habitación exhalaba una mixtura de perfumes, una mezcla de tabaco y nardos que me extasiaba, me amansaba. Era el inconfundible «olor a mi madre», la mujer más bella del mundo entero, la más hermosa de todas de lejos, la madre más perfecta que ningún niño podría desear tener, llena de virtudes y de misterios, y de la que vivía perdida y constantemente enamorado. Y esa era la mía, solo mía, de mi propiedad, mi suerte, mi diosa, y cuando se me acercaba o me abrazaba, esas pocas preciosas y contadas veces que lo hacía, yo cerraba los ojos y me dejaba ir. Desmayando en ella, recostando mi cabeza en su *twin* de cachemira suave como

una caricia de amante, respiraba hondo apoyado entre su cuello y su pelo esas notas equilibradas, reconfortantes, apaciguadoras, de aquel erótico aroma suyo a cigarrillo rubio y nardos, acunadas por el frío e imperceptible tintineo de sus tres hilos de perlas prístinas.

Por favor, que alguien me lo atesore siempre en la memoria, porque aquel era el éxtasis más absoluto, el más seguro de todos los refugios que tuve jamás. Aquel del que nunca hubiese querido irme.

Agazapado ahí, entre el bosque de barrotes de la baranda de la escalera de roble, asistía al constante trasiego de mi madre, cargando vestidos y zapatos, bolsos y *foulards*. Pensé que estaba haciendo maletas, que otra vez se iba a marchar, y se me empezó a encoger el corazón. ¡Pero si hace nada que ha vuelto! ¿Dónde se la va a llevar papá otra vez? ¡No es justo, nunca está aquí, nunca! La sangre me hervía y maldecía a mi padre, muerto de celos. Luego, noté que la Tata regresaba de vuelta al cuarto de vestir cada una de las cosas que mi madre llevaba al de dormir y pensé que a lo mejor estaban poniéndole orden a los armarios. Aun así, algo no me cuadraba porque parecían discutir, cuando, de costumbre, esas acciones solían llevarse a cabo en silencio. Quizá si estiro la oreja, pensé... Pero no atinaba a enterarme bien de la conversación, tan solo palabras sueltas cuando alguna de las dos cruzaba: «Años lleva... todos lo saben... estoy hasta la coronilla... Señora... esto no se lo doy... quite usted... Devuélveme eso, Tata... Que no se va usted, señora... Hasta en Milán lo saben... Que no se va... ande, deme eso... Es una puta... el señor es un cobarde... un traidor... El señor es como es, señora... Mañana me voy... Nos vamos, señora... Me voy yo sola... La va a armar... Le pego un tiro... le mato...».

Algo iba realmente muy mal y mi padre estaba de por medio. Hasta ahí me quedaba claro, pero poco más. Cuando hablaron de tiros y de escopetas empecé a asustarme en serio.

—Me voy a hacer un *caffè*... ahora vuelvo... ¡y no toques nada, Tata, o te pego un tiro a ti también!

En una secuencia de fotogramas recortados por los palos de la baranda, mi madre voló escaleras abajo hacia el salón y luego torció a la izquierda, dirección cocina, apresurada, fustigando su cabellera negra y brillante, exhalando demonios y esas notas de ta-

baco y nardos, celos y *vendetta*. No me vio, no sintió mi presencia al bajar, y al pasar la mano por la lira de los barrotes, las puntas de sus uñas rozaron como pitones las de los dedos de mis pies en la penumbra y un calambrazo me recorrió la espalda. Paralizado, suspendiendo el aliento, esperé a que el eco de sus pasos se perdiese cuesta abajo en la monumental oscuridad del inmenso cuadro del *Cóndor*, de Obregón. Solo entonces, soltando de un golpe todas las tensiones, ágil y raudo como un hurón, hui de regreso a mi cuarto. Con el acelerador del corazón a mil, me enterré entero entre las sábanas de la madriguera de mi cama y, sin oxígeno, me desmayé.

A la altura de Aranjuez, carretera de Valencia, nacional III, mi hermana Lucía vomitó y hubo que parar.

—¡Lo que faltaba! —dijo mi madre contrariada... no, qué digo, encabronadísima como si todo fuese una conspiración, un sabotaje de sus planes.

—Señora, hay que limpiar bien a la niña... ¡No va a aparecer así en el campo!

—¡Pues date prisa!... ¡Vamos tarde ya!

Y aparcados en la cuneta de una carretera intransitada de en medio de la nada, rodeada de mesetas desiertas y de viñedos pelados, bajo un cielo raso azul brillante de sol invernal y postes de la luz que se daban a la fuga a pérdida de vista y paralelos a nuestro destino, en ese improbable escenario con vómito de fondo, mi madre decidió tener uno de sus raros gestos de extrema dulzura, de cara «amorosidad», esos de los que aleatoriamente era capaz pero que dosificaba en extremo. Un capricho.

Cuando aparecían, su tradicional frialdad era traicionada, deritiéndola durante muy cortos instantes en afectos que infundían esperanzas hasta en el corazón más huérfano, el mío por ejemplo, los nuestros, haciéndonos creer que en alguna parte del hielo, en su centro tal vez, aún existía amor.

Apoyada en el coche, de brazos cruzados, se me quedó mirando oculta tras sus gafas de sol y me sonrió. Así de simple empezó la cosa.

—*Ehi tu Mighelino... stai bene? Hai caldo... si vede che hai caldo... Vuoi toglierti il cappotto?... dai togliamo il cappotto... anche la Paola, sù...* Quitaos todos los abrigos.

Uno a uno nos despojó a los tres del agobio de aquellos cilicios, nos dio de beber con cuidado y a sorbos largos de la cantimplora que la Tata nunca olvidaba echar al coche en cada viaje, nos limpió la boca y luego nos secó el sudor con su pañuelo, nos peinó con sus dedos, cardándonos con ligeras sacudidas para refrescarnos la cabeza, se preocupó por nuestro bienestar, nos arrancó sonrisas con bromas personales, hurgó en su bolso del que sacó unos caramelos de fresa que peló y metió en cada boca, y finalmente nos dio un beso en la frente para no sentirse tan culpable por aquel arrebató de dulzura que nos comprometía a todos, y así, a cambio, poder asegurarse las alianzas que kilómetros más tarde y más arriba iba a necesitar. De eso no me cupo ninguna duda. Lo sentí, lo tenía ya documentado. Lo hacía siempre y picábamos a sabiendas. Se trataba de puestas en escena emocionales, canjeables por una serie de intereses puntuales, de las que aparentemente ella no era consciente. Seguramente se trataba de un mecanismo aprendido o de un ejercicio de supervivencia, porque heredado no lo era.

Quitándose la chaqueta de ojo de perdiz gris ceniza de Fath, que tiró en el interior del coche con indolencia, se ajustó la pasta del oscuro de sus gafas al arco de su nariz y nos preguntó:

—*Siamo pronti? Tutti a posto? Allora andiamo! Tutti in macchina, bambini... si parte!*

Así que saltamos al coche y, mientras arrancaba, le preguntó a la Tata con recochineo, por eso de molestarla un poco, algo que adoraba hacer en general con cualquiera y sobre todo tras las broncas:

—Yo creo que los niños tienen hambre, Tata... Les podías haber dado algo de comer antes de salir, ¿no?

La Tata no aguantó más y saltó.

—Mire, señora, me voy a morder la lengua porque más me vale... Se lo advertí una y otra vez, que los niños no podían estar tanto tiempo sin nada en el estómago y con un viaje tan largo por delante... Se lo dije... y usted que venga, que vamos, que date prisa... ¡Me voy a callar!...

Y a la vez que la Tata protestaba, mi madre la iba imitando, repitiendo sus mismas palabras, tonos y gestos, y esa burla compartida nos hacía cómplices, nos divertía a rabiar. A la Tata no.

—*Ma stavo scherzando Tata, ¡bromeaba!*

Cuando sacada de quicio, le alargaba el brazo tocándole la cara, haciéndole carantoñas y revolviéndole el pelo. Risas y más risas y todos botando en los asientos. Y mientras que la Tata se enfurruñaba, mi madre arrancó a dirigirnos en un *Frère Jacques* a voz en grito con el que alegrar las caras largas, sin darse cuenta de que la Reme, que se había dolido mucho, ya se había ido a sus cosas volando por la ventanilla, volviendo a cuestionarse, como tantas otras veces, si en verdad su misión en la vida era la de educarnos o la de tener que aguantarle las ligerezas y los caprichos a una mujer inmadura que estaba arrastrando a todos a una debacle y a su familia al matadero. «Mírala ahí, cantando como una adolescente loca, como si no supiera lo que le va a caer encima, y tan contenta». Pensaba en la poca cabeza que tenían ella y el otro, el torero, en el daño que hacen los celos, lo malos que son que todo lo ciegan, en lo mucho que hacen perder las sienes, y en por qué la gente se casa sin conocerse. Y luego, ya al final, pensó que si esa era su misión, que no podía abandonarnos a pie de calvario. Así que volvió la cabeza y miró a mi madre con pena, mucha pena y compasión, porque sabía que eso era todo lo que había y que con ello debía lidiar, tratar de poner orden con mucha mano izquierda y mientras tanto tragar. Faltaba poco para las cuatro de la tarde y menos aún para llegar a Villa Paz.

Habíamos caído dormidos profundos, descoyuntados en la incubadora del asiento trasero, y la voz de mi madre nos despertó.

—*Stiamo arrivando... sù bambini... svegliatevi!*

La monumental botella de cartón de quince metros de altura del Brandy 103 de Osborne, con la que Roger Moore, el Santo, se anunciaba en la tele, señalaba el mismo kilómetro 103 de la carretera de Valencia, punto del desvío a Villa Paz y ubicación de Saelices, pueblo de la Tata, pueblo de las mejores fiestas de pueblo de mi infancia, pueblo en el que, en agradecimiento por el sistema

de cañerías que mi padre le regaló, se puso una calle a mi nombre el día de mi bautio. Pueblo de trastadas, correrías y chiquilladas, pueblo también de la Rosi, la de casa, y del Trinca, camionero oficial de Villa Paz, quien al ver pasar el Dodge Barreiros color crema de la Señora, quedó petrificado, y supo en ese exacto momento que lo que hacía tiempo ya sabían todos, lo que tarde o temprano era inevitable que pasara, estaba por pasar. Aquello que la Tata vaticinó no hace mucho un día: que se iba a armar. Y así fue que todos vieron desde el bar de la plaza cómo el coche de la Señora giró a la derecha a toda pastilla por la pista de tierra que llevaba al cruce del puente romano del río. Y del polvo que levantó, se lo tragó.

A los pies de las ruinas del castillo, cruzaba un arroyo que marcaba la linde de la finca y el paisaje cambiaba por un instante. Había un bosque en el que solíamos hacer parada para beber el agua fresca de la bienvenida y respirar el verde olor a hierbas y a tierra húmeda. A mano derecha se tupía de fresnos, álamos y olmos y serpenteaba, magnificándose a lo largo, ancho y alto en una de esas hoces verticales e imponentes, típicas de Cuenca. Sus paredes escarpadas estaban repletas de nidos de halcón peregrino que chorreaban vómitos blancuzcos de plumas y huesos. Yo solía conocer la ubicación de cada uno de ellos y a todos accedía trepando desde el suelo o descolgándome desde el techo para llevar el recuento de los polluelos. Me apasionaba. Mi padre, que se enteró de mi afición, intentó varias veces sobornarme para que le trajese algún pichón crecido y alistarlo en sus cohortes de cetrería, ofreciéndome sumas tentadoras, pero jamás traicioné a mis rapaces.

Por mediados de agosto, nos acercábamos con canastas a recoger las moras maduras de entre las espinas de las zarzamoras con las que luego hacer mermeladas en la cocina de la casa de la matanza. De paso aprovechábamos para comernos cuantas de ellas las prisas nos dieran tiempo y ganas, acabando con la cara llena de arañazos, los labios bien pintados, sus inevitables y malditas manchas en la camisa, y en consecuencia, una cogolla y una buena bronca de vuelta casa. Pero la mancha de la mora con otra verde se quita. Y funcionaba.

Esta vez sin embargo no hubo parada. Pasamos deprisa salpicando el agua del arroyo y nada más salir del verde, último punto

de escondite antes de entrar en zona abierta en la que poder ser avistados desde la casa, mi madre pisó el acelerador a fondo, cambiando marchas a pares, como una fiera, para acortar al máximo el tiempo de reacción de los posibles vigías en el caso de ser detectado el coche. Y a partir de ahí fue una carrera entre el velocímetro y los latidos de mi corazón.

Imaginé la cara de los mayores viendo pasar a ese bólido, el de la Señora, desde lo alto de la colina del Puche, en donde quedaban el tentadero y los corrales de encierre y manejo de la ganadería brava, mirando fijamente la casa de la finca como quien espera el impacto de un misil y pensando, se va a armar. Pero nadie movió un dedo. Nadie avisaría a los guardeses de la casa mayor por el teléfono de manilla de lo que les estaba por caer. Tenía que pasar y no iban a impedirlo. Conociéndoles, ya se frotaban las manos.

Los guijarros saltaban en todas las direcciones y golpeaban duro los bajos del coche con un ruido de metralla. Se oían chasquidos y silbidos por todas partes y creí que el coche iba a partirse en dos. Atrincherados en el asiento trasero, hechos ovillo y tapándonos la cabeza y los oídos con las manitas, pensamos que mi madre se había vuelto loca y nos empezó a entrar mucho miedo. El Dodge botaba y saltaba como semental de rodeo. La Tata se aferró a la agarradera y mantuvo el tipo. El polvo se arremolinaba por dentro y fuera de la cabina del coche hasta cortarnos la respiración. Fue entonces que vislumbré a mi izquierda los tilos y los castaños de Indias tras el muro del jardín de la casa y supe que faltaban pocos metros para acabar con aquella demencia.

De golpe, mi madre levantó el pie del pedal del acelerador y el coche, dejándose llevar por la inercia, redujo velocidad y remontó solo el último tramo de la cuesta.

Cuando la polvareda se disipó, sacamos las cabezas enharinadas de la madriguera trasera y, rodando despacio, nos dirigimos hacia el arco de la entrada del patio principal de la casa. Mi madre mientras, con placidez, fue haciendo recuento de los vehículos aparcados hasta allá arriba, casi a pie del palomar, contando que, entre particulares, de caza, para perros, de ojeadores y secretarios, remolques y furgonetas, habría unos cuarenta. Con un paneo a

conciencia, supo quién estaba ahí dentro presente, en el bando de los traidores, con nombres y apellidos. Me la imaginé relamerse y sonreír, pero en verdad no la vi hacerlo.

Había que afinar muchísimo para pasar por el arco de entrada al patio sin rasguñar la pintura del coche. Mi madre, además de excelente conductora, había enhebrado por ese hueco decenas de automóviles, miles de veces, tractores en marcha atrás incluso, y le tenía pillado el tranquilo.

Una vez dentro, paró el coche y lo apagó. Silencio.

Puso el freno de mano, abrió la puerta del conductor con el mínimo ruido, olfateó el ambiente quitándose sus gafas de sol y dijo con voz tranquila:

—*Dai... scendete bambini, scendete.*

Despacio, cada quien abrió su puerta oteando el espacio. Entre cuatro gruesas y monumentales paredes blancas encaladas, con ventanas enrejadas bien ordenadas, mitad sol y mitad sombra, nos apeamos del coche y ahí nos quedamos plantados, muy muy quietos. A la espera. Latidos.

El empedrado del patio estaba alfombrado por no menos de mil quinientas perdices de pico y pata roja y pluma rayada, abatidas en los ojeos de la partida de caza de la mañana. La visión era estremecedora. Un cementerio de silencio y muerte. No era un buen presagio. Escalofríos por el espinazo.

Como un susto, de uno de los umbrales oscuros que ocultaban y escondían quién sabe cuántos rezos, susurros y corazones en vilo, salió corriendo una de las mujeres del campo, y otro agujero de sombra de una esquina más allá la engulló como a una rata. Se palpaban en el aire ojos espiando.

Mi madre llamó a la puerta de la vivienda de Andrea y Resure, el matrimonio encargado de la casa. La estaban esperando. Era obvio. Le abrieron.

—Pase usted, señora...

—No gracias, Resure. ¿Y el señor?

—Dentro de la casa, con los invitados... y usted ya sabe...

Mi madre asintió y dio media vuelta. Se fue derecha hacia la entrada principal. Resonaban sus tacones en el eco del patio.

—Tenga cuidado, señora —le pidió Resure.

—Estamos aquí para lo que usted necesite —dijo Andrea, y a mi madre le constaba. Estaban ahí para lo que necesitara, como la mayoría del personal de la casa. Porque para todos, ellos y ellas, su señora era mi madre, solo mi madre, y seguiría siéndolo.

Abrió la puerta de su casa y por un momento se oyó jolgorio, gentío y un fondo de flamenco. En cuanto cerró la puerta, la Tata, siseando como un látigo, dio la orden:

—Meteos al coche...—corriendo...—, ¡ya! —Y mis hermanas la acataron como suricatos.

Yo hice por saltar para ir tras ella, pero la Tata me retuvo fuerte del brazo, clavándome las uñas. Me dijo que me quedase ahí quieto, que mi madre sabía lo que hacía. Pero a mí no me gustaba dejarla sola con un hombre tan fuerte como mi padre, que aunque la quisiese mucho, tenía muy mal genio.

¿Qué pasó allá adentro durante ese tiempo? ¿Qué se dijeron? ¿Qué murmuró la gente? ¿Qué sucedió en realidad? No lo sé. Se contaron muchas historias. Se fabricaron muchas portadas. Se especuló en todas direcciones. Se repartieron culpas. Pero no había que ser muy hijo de esos dos para imaginárselo.

A partir del momento en el que mi madre fue tragada por la casa, la fiesta desafinó y toda celebración se apagó, solo se oyeron golpes de muebles, alborotos y roturas de cristales. Conociendo la clase de gente que habría, seguro que cundieron por igual el pánico y las apuestas. Más tarde se sabría que, al verla entrar, muchos invitados pegaron la espantada, cada uno a su manera. Unos huyeron escaleras arriba para atrincherarse en sus habitaciones, otros rompieron las cristalerías del salón, atravesándolas para darse a la fuga por el jardín como si de un tiroteo se tratase. Mi padre dio la orden a su prima Mariví, su amante, de refugiarse arriba en el torreón, las habitaciones del matrimonio. Los flamencos se jiñaron vivos, boquiabiertos del pasmo. Otros se despidieron dando por concluida la visita. En un momento dejaron de ser amigos del diestro y se lavaron las manos. Pero es que a mi madre se le tenía mucho miedo y, más aún, mucho respeto.

No me cabe duda de que entre los presentes más de uno hubiese querido arrepentirse ahí mismo y tal vez contarle que estaban allí por un malentendido, una trampa, y que en realidad... Pero ya

era demasiado tarde. Del primero al último, habían sido fichados para los restos.

A los pocos minutos vimos aparecer a mi padre por la entrada principal, como saliendo por toriles, con paso firme y decidido, un cigarrillo entre los labios, enfundado en sus zahones y arrastrando a mi madre por el brazo, que iba tropezando sobre el empedrado, agarrándola con fuerza y sacudiéndola de mala manera, claramente queriéndola echar de ahí.

No pude más. Salté del coche y me fui a por ellos gritando.

—¡No, papá! ¡No, papá! ¡No..., así no! ¡Le haces daño! ¡Mamá... mamá!

—¡Suéltame, Luis Miguel... *mi fai male!... lasciami andare!*

Me lancé contra mi padre, trepándome a él con toda mi rabia, intentando detenerle, obstaculizado por la Tata que se quedó a medio camino, pero nos arrastró sin esfuerzo, como un astado regio de un poder superior que se lleva por delante un burladero.

Resopló hondo y paró quieto. Soltó a mi madre y la encaró con mucha hombría y templanza, aguantando violencia.

—Mira, Lucía... Te lo voy a pedir por las buenas y una sola vez... coge a los niños y márchate ya pa Madrid y que no se te ocurra volver de ahora en adelante ni aquí ni a ninguna otra parte donde te enteres que estoy, ¿lo he dejado claro? Pues eso... ¡ospa!

—Esta es mi casa y ni tú ni nadie tiene derecho a echarme de ella, ¿entiendes? Vengo con mis hijos, con tus hijos, y yo de aquí no me muevo, ¡ya estoy harta!

—Lucía... no demos el espectáculo delante de los niños... que ahí adentro hay una fiesta..., hay invitados, mujer... vamos a celebrarla en paz, por favor...

—¿En paz? Tú no vas a tener paz nunca más... ¡Ahora mismo voy a entrar y voy a meterle fuego a la casa entera para que ardan todas esas zorras y todos los traidores!

—Lucía... esto hay que hablarlo en otro momento y en otro sitio... mañana mismo quedamos a almorzar tú y yo como dos personas cabales..., civilizadas..., y lo discutimos, ¿te parece bien?... Dime dónde y yo bajo a Madrid... En José Luis, en Jockey, donde tú quieras... en Horcher... yo acudo.

—¡Yo no me voy de aquí hasta que no salga la puta de tu prima por la puerta de mi casa o te pego un tiro!

—La puta de mi prima se llama Mariví y te pido un respeto... Es alguien de mi familia.

—Serás muy torero, pero no tienes cojones para echarme de aquí, ¡cobarde!

Y ahí se acabó lo que se daba. Mi madre había sido capaz de incluir en la misma frase tres palabras muy delicadas y en extremo respetables para los oídos de mi padre, a saber: «torero» y «cojones», ambas sagradas y a su vez inmiscibles con la de «cobarde». Y de golpe al torero se le fue la sangre a la yugular, la del cuello, ya que él presumía de tener otra más abajo entre los muslos. Resopló y levantó la mano como el rayo con la peor de las intenciones.

—¡No, papá! —le grité empujándole y él intentando deshacerse de mis molestias—. ¡No te atrevas a tocar a mamá o te mato!

Quietos.

Foto.

Pausa.

Silencio.

Ya.

Mi madre se pronunció y sentenció, rotunda:

—¡Quiero *il divorzio*!

«Dios... La acaba de liar», pensó la Tata echándose las manos a la cara.

Mi padre cerró la mano abierta en un puño con mala intención, pero chasqueó los dedos antes de bajarla. Perfil contra perfil, se aguantaron las ganas de partirse la cara el uno al otro durante unos instantes eternos antes de recomponerse. Mis hermanas, metidas en el coche, inmóviles, asistieron al drama desde la barrera del respaldo de los asientos, con los ojos a ras de manitas. Sudando y temblando, vibraron hasta hacerse invisibles, ausentes.

Plantado en medio del ruedo del patio, dirigiendo su voz poderosa y bien proyectada a todos los vomitorios en la sombra, a las rendijas y celosías de orejas largas y a todas las puertas cerradas de los necios de la nueva resistencia, mi padre ordenó tajantemente:

—¡Que alguien acompañe a la señora a la entrada de la finca y que se quede ahí vigilando para que no se vuelva p'atrás!... ¿Me habéis oído todos?... o me voy a cagar en todos los muertos de todos los malnacidos y en el de todo dios, ¡lo juro por mis santos cojones!... Y tú, mico, ¡largo de aquí y métete en el coche o te meto yo de una patada! —me dijo fulminándome con toda la furia que sus ojos negros podían descargar. Porque miraba como un toro. Pero era más peligroso que un toro.

Dio media vuelta rumbo a la entrada de la casa y aún hubo tiempo para que se echaran en cara toda clase de cosas bonitas, amenazas, reproches, insultos, como dos mastines que se enseñan dientes, separados por el espacio del largo de sus correas atadas a la estaca, equivalente a la distancia de una ruptura anunciada y amarga, ya definitivamente irreversible.

Y cuando mi padre pegó el portazo final, mi madre me agarró de la mano, me subió al coche, cerramos puertas y arrancamos rumbo a quién sabe qué iría a ser de ellos dos, de nosotros, de la familia. Nuestra familia.

De vuelta al polvo y a los guijarros que esta vez sonaban más amigables, más cadenciosos, rumbo a Madrid y en medio de una falsa y desgarrada calma, Miguelito hizo recuento de todo lo sucedido y de lo poco esclarecedor que todo ello había sido.

¿Algún día alguien le contaría algo? Por el bien de su cabecita, lo deseaba con urgencia. Miró a sus hermanas, que no pensaban en nada o quién sabe en qué, que simplemente estaban ahí. Miró a la Tata, enganchada de vuelta a la agarradera como a la ida, como si nunca la hubiese soltado, con las frecuencias de comunicación apagadas. Volvió a mirar al retrovisor en el que vio a su madre conducir imperturbable, descompuesta tras sus gafas oscuras de las que descolgaban dos lágrimas mudas, visiblemente tocada por la derrota y la desolación, llevándose el cigarrillo a la boca con mano temblorosa, aferrada al volante como queriéndolo doblar, y poco más. Algo muy grande se acababa de romper, algo muy grande que encogía el corazón de todos.

Como solía y mandaba el ritual de cada final de verano, Miguelito no quiso marcharse sin echar una última ojeada por el cristal

trasero del coche para despedirse de su amado paraíso hasta el próximo año. Despedirse de la casa de los mil secretos, la de sus sueños, la de los misterios y fantasmas, la más mágica del mundo, la casa de su vida, en la que se imaginaba crecer y vivir, y de golpe la vio arder. Estaba en llamas.

Se le paró el corazón, se quedó sin respiro.

Como si de una pesadilla se tratase, la casa de Villa Paz se alzaba envuelta en un inmenso pilar de humo negro que se elevaba hasta el cielo, ahí, ante sus ojos, con llamaradas vomitadas por las ventanas del torreón, donde se ubicaba el dormitorio de sus padres. Quedó aterrado, mudo, paralizado ante la visión de aquel dragón devorado en su mismo fuego.

¡Dios mío de mi vida, esto no puede estar pasando, haz que no sea cierto, no puede ser cierto, Dios mío de mi vida! ¡Villa Paz está en llamas, Villa Paz está ardiendo, está ardiendo! Pero nada pudo hacer.

Miguelito permaneció ahí, pegado a la luna trasera del escape, devastado, asistiendo impotente a aquella película de terror. Su pequeña alma se llenó de congoja, se le partió en mil pedazos y sin que nadie lo advirtiera, sin querer ser visto, lloró, lloró y lloró sin consuelo, atónito y destrozado ante aquel vórtice sobrecogedor de llamas y humareda que se iban alejando a vuelta de rueda, metro a metro, ya fuera de alcance, engullendo la casa entera.

Con los dedos quietos, levantó su mano y se despidió por última vez. Dijo adiós a aquel paraíso perdido y supo, desde muy dentro, que nunca jamás volvería a él. Una voz se lo decía.

Años más tarde, ni todas sus lágrimas juntas pudieron apagar aquel incendio que no solo quemó la casa de Villa Paz, también ardió su infancia.

Miguelito nunca más volvió a vivir tanta magia ni la misma, y eso le dejó partido en mil cachitos. Nunca más volvería a la finca.

Dijo adiós y para siempre a aquellos infinitos campos de girasoles, a los cantos en las eras vareando tortas de pipa, a las matanzas, al manejo de reses bravas y a las charlas con los mayores. Adiós a los libros de ganadería, a la Payasa, al Saltatapias, a sus caballos y a Petra la loba. A pescar cangrejos con *lampara* con sus

amigos del campo, a ellos también adiós, a la Julia, a las acampadas en las choperas, a jugar a fantasmas. Adiós a las zarzamoras, a criar codornices, adiós a los concursos de canto reclamo del macho perdiz, adiós a las fiestas de Saelices y a los bailes de moda, adiós a sus primeros once años de vida, adiós... Se le quebró el corazón y su infancia quedó hecha cenizas.

Pero eso no era nada. Lo peor estaba aún por llegar.